Éxodo

Quentin P. Rift

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Desde su aparición, el hombre ha llevado a cabo su particular cosmogonía. Como es arriba es abajo. Los destellos en el vacío de su mente crearon entidades etéreas que instauró en la constelación de su pensamiento, pasando así a formar parte de su historia. El pasado cobra vida cuando es pensado, fue así como los recuerdos adoptaron la forma de antepasados, de poderosas deidades cuyo linaje les otorgaba el derecho a gobernar este mundo, al tiempo que edificaba un mañana cuyas fronteras condenaban al exilio, en el mejor de los casos, a los que no eran de su misma condición. Sin embargo, el destino, creas o no en su existencia, como el tiempo, como la lluvia, trata a todos por igual y cuando revela sus designios, no están exentos de, digamos, cierta ironía... Como suele decirse: si eres capaz de imaginarlo, de algún modo, existe.

Era una mañana cualquiera, no muy diferente a la de cualquier otro día y sin embargo sería recordada como el "lunes negro". Muchos fueron los que, con ojos soñolientos, buscaban sus mitades en el espejo, recrearse en sus reflejos, pero como ocurre en los cuentos populares, la moraleja de esa acción les reveló una verdad que no podrían ocultar por más tiempo. Sus pieles aparecieron pigmentadas, pequeñas manchas oscuras aisladas que, afortunadamente< desaparecieron tras una ducha.

A la mañana siguiente las manchas reaparecieron poblando las zonas más escondidas. Nadie olvidaría jamás cuando se anunció que se trataba de moho. Podemos negarlo, pero todos sabían que estaban podridos hasta la médula. Siempre ocultando secretos, disfrazando nuestras intenciones, escudándose tras máscaras de hipocresía, pero a solas, en la oscuridad, le revelábamos al mundo como somos en realidad y si en realidad hubiera alguien del otro lado del espejo, esa otra mitad, nos miraría con desprecio lo que somos cuando nos desnudamos, cuando creemos que nadie observa. Monstruos, aberraciones, no tiene porqué implicar maldad y, sin embargo, ninguno estamos exentos de ella. Algo llevaba demasiado tiempo pudriéndose en nuestro interior; las entrañas o tal vez el alma, pero lo cierto es que poco importaba, estábamos condenados.

Las sucesivas capas de maquillaje podían disimular durante algún tiempo la oxidación de la piel. Se aconsejó a la población que evitaran realizar tareas que supusieran esfuerzo físico, para evitar el exceso de sudoración y así retrasar la aparición de esporas en la dermis, pero era cuestión de tiempo que las cosas fueran cada vez a peor.

Después de miles de años en la cúspide de la pirámide, el ser humano había sido desbancado. Pero aún no estaba todo perdido, las mentes pensantes sirviéndose de la alquimia científica ya se encontraban elaborando pócimas con las que frenar y revertir aquel proceso. La humanidad se había enfrentado a epidemias mucho peores y se había repuesto, la respuesta siempre era la misma: la humanidad permanecerá.

Sólo habían transcurrido unas pocas semanas desde el denominado "lunes negro" cuando en las pantallas de todo dispositivo electrónico y, tras una simple búsqueda en Google, era posible vislumbrar el alcance de la enfermedad hasta sus consecuencias más funestas. Los menos favorecidos, los olvidados, ellos fueron los primeros en experimentar la transformación y las imágenes no podían ser más grotescas. Fosilizados bajo una capa de putrefacción, yacían enterradas sus expresiones desfiguradas, exhibiéndolas bajo florecientes vellosidades mimetizadas. Allí, camufladas bajo la superficie, sus desvanecidas fisonomías humanas, hundidas en sí mismas, consumidas hasta las entrañas, convertidas en naturaleza muerta de alta definición, retrataban el futuro inmediato de miles de millones de ojos enfrentados a una verdad que eran incapaces de aceptar.

Nadie enterraba a sus más allegados, sus ruinas orgánicas quedaban adheridas sobre lechos desintegrados que se extendían cubriendo la huella que dejaron sus cuerpos allá donde se desplomaron. Todos alzaban sus manos y las tendían hacia aquellas siluetas verdinosas, en busca de un último contacto, pero ninguno se atrevía a enterrarla en aquel saco reseco de esporas que liberaba la putrefacción que escondía, era una despedida que nadie ansiaba. Allí quedaron todos aquellos montículos, como vestigios de que todo pasado fue una vez mejor.

Las personas creen equivocadamente que sólo ellas sienten y padecen, que el resto de especies, si acaso son capaces de experimentar sensaciones, jamás podrían experimentarlas a la profundidad de un ser humano, ni tampoco expresar cuando sienten amor y dolor. Sin embargo, los sentimientos nunca necesitaron palabras para pronunciarse y siempre fueron comprendidos.

Cada día que pasaba tenían la certeza de que podía ser el último, de que pronto todo iba a acabar. El gran éxodo de la humanidad en el denominado se encaminó hacia su último amanecer, hacia las postrimerías de su especie. Avanzaban como callos en manada hacia un cementerio que surgía bajo sus pies, llegado el momento. La ciencia probó suerte y retrasó lo inevitable tanto como pudo, pero finalmente la religión se adueñó de los corazones enfermos, incubando en ellos una promesa que la podredumbre cubrió y sobre la que floreció.

El resto de especies vieron el amanecer cuando ya ningún ser humano despertó. Encontraron a su paso interminables sucesiones de hongos

diseminados por calles y caminos, consumiéndose al sol en medio de las ciudades y en otros rincones de parajes desolados. El silencio de los días y de las noches era diferente del acostumbrado, tan sólo estaba salpicado por el viento y la lluvia, hasta que el paso del tiempo y la erosión de los elementos acabaron barriendo su paso.

Esa es la leyenda que a todos nos cuentan al llegar aquí, pero cuando acaba esa historia, nos damos cuentan de que nuestra realidad es otra. Estamos en una cárcel de la que no podemos escapar, sin muros ni barrotes, no sabemos que hacemos aquí, ni como llegamos...